

G-556
-12

1/10

25
R. 24773 p. 5

DICTAMEN

SOBRE

CUAL DE LOS DOS CABALLOS ENTERO Y CAPON

SOPORTA MEJOR LAS FATIGAS,

y el modo demostrativo de saberse; utilidad de los forrages dados con oportunidad, y perjuicios cuando sin ella se dan; con algunos apuntes de los males vistos en varias enfermerias y cuabras de beneficio durante la guerra civil.

POR

DON RAMON DE SAN MARTIN,

Teniente graduado y profesor de equitacion del regimiento Alcántara 4.º de lanceros.



MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE DON EUSEBIO AGUADO.

1847.



Libros 810092

1875

DICIONARIO

DE LOS DOS CABALLOS ENTEROS Y CABOZ

Se vende en la librería de Matute, calle de Carre-
tas, núm. 8.



Excmo. Sr.

AL presentar á su antiguo Coronel este pequeño fruto, hijo de mi deseo mas bien que del ingenio, no es mi ánimo pedir gracia para mí, porque ninguna merezco. Solo aspira mi ambicion, si merece la aprobacion de V. E., vea la luz pública; y si fuese en folleto y diese alguna utilidad, sea destinado en provecho de los inválidos. Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años.

Alcalá de Henares 1.º de mayo de 1847.

Excmo. Sr.,

Pearnon de San Martin.

DICTAMEN.

Teniendo entendido que V. E. se ocupa en reunir datos que resuelvan si los caballos enteros son mejores para el servicio de guerra, ó viceversa, y si es conveniente dar ó no dar forrage á los caballos del arma, voy á ocuparme en consignar desnudo de autoridad mi pobre voto, porque no digan que faltándome el valor rehusó el debate saliéndome por la tanjente; sin embargo de estar persuadido, que ni este voto ni cuantos he visto escritos de personas de imaginacion robusta y cabeza privilegiada del pais y del extranjero, para mí de mi mayor respeto, conduzcan al acierto por las razones que manifestaré despues de fundar teóricamente el parecer que tengo en este momento; pronto á variarlo si una demostracion sacada de una madura observacion práctica me convence.

En trece años que ejerzo la profesion al frente de un regimiento, he tenido ocasion de observar la preponderancia del caballo entero sobre el capon, y el cambio repentino cuando un mismo animal ha pasado de un estado á otro. En su estado natural lo veíamos con arrogante magestad, brioso, galán y con valor arrojarse al peligro á las insinuaciones de un diestro ginete; mientras que el capon, cambiando todo su exterior en un rocin, nos presenta la demostracion mas clara de su debilidad y de su cobardía, causándole pavor hasta su misma sombra. Dos épocas he conocido intentarse la total castracion de los caballos del ejército, y probaré de la manera que pueda lo perjudicial de la cas-

tracion, en que fundo mi voto contrario á lo que he visto escrito por las distinguidas personas que están por los capones, haciéndome cargo una por una de sus principales razones.

Dicen en sus argumentos que el entero es mas indocil, vengativo, fiero y traidor; compromete al ginete; descubre y desgracia con su relincho las emboscadas, escuchas y avanzadas; no se le puede guiar con tanta regularidad en la union que debe haber en las cargas; está sujeto á las enfermedades de los órganos de la generacion por el vicio de vaciarse, especialmente en la primavera; y que en los alojamientos causa perjuicio á los labradores teniendo que echar las yeguas de las caballerizas.

Cuando nace y sale de la dehesa virgen el potro no tiene los defectos de indocil, vengativo, fiero y traidor que se le suponen; lo único que saca es la ignorancia, y la mas ó menos estrañeza al hombre y objetos nunca vistos, que cede mas ó menos pronto segun la inteligencia y maña con que se le trata. Si con el tiempo el potro se crece y vicia, culpa es de algunos hombres que, mas ignorantes que el mismo bruto, contribuyen á hacerle villano; y tambien lo es de esos intrusos picadores que poseyendo la equitacion del salvage, sin consultar la edad y facultades se meten á destruir y resabiar caballos en lugar de educarlos.

Que con el relincho descubre y desgracia las emboscadas. Confieso que esta razon sería fuerte si el capon no lo hiciese, pero acostumbrados hasta ahora á haber visto mas enteros que capones, no es estraño olvidemos que los últimos tambien relinchan; con la diferencia que el uno lo hace lleno de vida y animacion, y el otro de terror y debilidad.

Que no se les puede guiar con tanta regularidad y union en las cargas. Estraño es que en los testículos vean los defectos y no en otra parte: enteros y capones tienen los regimientos; fórmense mitades de unos y otros, y si á iguales distancias y velocidad la ventaja notable está de los capones quedaré convencido en este punto: pero he dicho que está en otra parte, y es preciso me esplique, y me dispensen si,

herida en lo mas vivo mi profesion, me pierdo del punto de partida. Sean enteros ó capones, las cargas saldrán mal por dos razones: la una porque siendo los caballos del mediodía por lo general ardientes y sensibles no sufren como los del norte con tanta facilidad la opresion, y por consiguiente muy dificil es al ginete igualar los genios á una altura en su mayor fuga; y la otra, porque careciendo nuestros soldados del conocimiento de la práctica de las ayudas progresivas y del asiento, y por consecuencia de mano, en la reaccion de un trote un poco levantado y por el mas leve motivo se ruedan, y entonces, semejantes al que se ahoga, por el instinto de su conservacion involuntariamente se agarran de las riendas y aferran con las espuelas por tenerse; resultando con la lucha de estas dos fuerzas opuestas que obran sobre partes tan sentidas, las defensas, resabios y alteracion de sus aires, fruto de una mano dura y vacilante.

Hemos visto gefes del mayor nombre emplear el tiempo luciendo su progresiva voz campanuda en la parte teatral de las evoluciones, y enfurecerse porque no guardaban la exactitud y precision deseada, sin considerar que jamás saldrán bien en todos aires sin que de las lecciones individuales salgan hombres de á caballo: la instruccion doctrinal es muy empalagosa y árida, y la mayor parte de los gefes, mirándola como secundaria, se detienen muy poco en ella. Para ser instructor de caballería se requieren conocimientos muy profundos en la sábia equitacion, fuerzas físicas del caballo y medios de conservacion; lo demás es caminar á ciegas. Y pregunto yo: ¿tienen estos requisitos todos los individuos que ejercen la enseñanza en los cuerpos de caballería? ¿En qué escuelas han cursado? ¿Dónde sus títulos? Respondan por mí los aplicados y dignos oficiales que existen en ella, si lo que saben no lo deben á sí mismos. No basta leer y repetir lo que del sabio Don Francisco la Iglesia y Darrac con puntos y comas tiene el reglamento táctico respecto á equitacion; es menester poseerlo facultativamente, para convencer y combinar un plan de lecciones necesario á los principiantes, si la caballería española no ha de pasar

por irregular en el orbe militante. Constituyen en nuestro concepto buena y barata la caballería la eleccion de los hombres y mejora de la raza, acertada instruccion especialmente en la equitacion, y la sencillez y aligeramiento en su equipo, y no los colorines de su uniforme y el capricho de una flama. No nos cansaremos de repetirlo siempre que se oiga nuestra insignificante voz: la equitacion y conservacion del caballo es el todo de la caballería: ella con el simple contacto de las piernas del ginete se arroja con una libertad de obrar y de escoger las ocasiones de ofender y defender en el combate parcial; sin la equitacion, aunque en lo demás sean consumados, todo es ruina, y el soldado, embarazado con sus mismas armas y empleando sus fuerzas y potencias para no caer, tieso y envarado, muere como una oveja muda sin hacer uso del sable á manos de su enemigo ó á impulsos de su impericia en el menor obstáculo del terreno. Pero como sea preciso en España crearlo todo ó casi todo en este ramo, porque si bien existe una escuela de equitacion, en nuestra opinion es raquítica en su estension y en su enseñanza, que en lugar de avanzar por la carrera del progreso ha retrocedido del origen de su fundacion, y tal vez muera por consuncion; si persisto desempeñando esta profesion; si reuno antecedentes; si algun dia el Gobierno de S. M., permanente y desembarazado de los asuntos de vida ó muerte que le rodean, cree ha llegado el oportuno momento, y si me ayuda la cabeza, me emplearé de la reforma de la escuela, y garantías y deberes de los profesores. Los profesores que existimos en la caballería en su mayor parte ni tienen representacion ni atribuciones propias en los cuerpos, ni tal vez todos los conocimientos necesarios: ¿pero qué individuos de una educacion esmerada han de abrazar una profesion que no tiene porvenir, que sigue considerada con la misma prevencion y vicios que cuando la desempeñaban gitanos y domadores rutineros; que si alguna consideracion les tienen los gefes lo deben todo á la bondad de ellos ó á su particular comportamiento, y nada á su clase? Vejados en lo que mas estima el hombre que discurre, se embota la sensibilidad mas esquisita; comparando

en silencio su posición con el diluvio de ascensos concedidos á nulidades espulsadas de nuestro colegio, y á otras que hemos puesto las riendas en la mano, y olvidados de lo que fueron, invaden nuestras mas sagradas atribuciones, creyendo saber lo que unos deben á la antigüedad y otros al acaso. Al probar que están vejados y olvidados no quiero hacer mencion de las humillaciones por que tienen que pasar algunos en sus regimientos, bastándome presentar los que son públicos. Por los régios enlaces, S. M., que mira á los españoles como á sus propios hijos, ha concedido gracias proporcionadas desde el soldado al general; y solo han quedado sin proponer á su bondad las que pudieran caber á esta clase, sin que hasta ahora sepamos que una sola voz de un profesor, acostumbrados á sufrir, se haya atrevido á reclamar como parte integrante del mismo ejército. Ahora mismo, en cumplimiento de las órdenes y reglamentos vigentes, se precisa á los profesores á llevar las insignias de sargentos primeros, que tres ó cuatro años de servicio serían suficientes para obtenerlas, sin quedarles medios hábiles de salir de este grado hasta los treinta y cinco años de servicio. ¿Qué extraño es que todos se atrevan con el profesor? Asi vimos que el autor del periódico *Estandarte*, gefe respetable para mí por su saber y finura, en su número 18 no encontró otra persona mas flaca á quien achacar los males de la caballería que al profesor de equitacion, cuyas funciones se concretan á la doma de los potros: si dicho periódico no hubiese muerto con aquel número no hubiese quedado sin una contestacion concluyente, movido, no por la acritud de su lenguaje, sino por los cargos y el concepto del que los dirigia. Este mismo aislamiento en que estamos, contando con grandes medios, contuvo nuestra pluma al ver elogiar en los periódicos sistemas de doma que la Francia, que todo lo ensaya, ha enviado al panteon de los difuntos, y que aplicados en España por quien tal vez no pudo ó no supo sacar de él lo que bueno tuviese, dió el resultado de enseñar á los potros á emplear malamente las fuerzas, gastar las físicas, aporrear ginetes, y caer en el descrédito por sí solos.

Oscurecido al mayor número de los inteligentes, osadía es la mia hablar alto sin poder presentar otros méritos (ocultos para la mayor parte, pero públicos á algunos) que los de haber presentado domas hechas sin gastar las fuerzas físicas del potro en la cuerda mas que en siete lecciones á los dos meses de principiada, y no asi como se quiera, sino que estaban en las marchas naturales y en las artificiales de paso atrás y de costado; en el manejo de espada y lanza en todos aires y con todo su equipo, sin desgracia alguna en los hombres, relajacion de los potros, y embridados todo lo que es posible á la edad de cuatro años, y mas gordos ó tanto como cuando principiaron: hechos son estos mas elocuentes que la vana ojarasca del charlatanismo, que han pasado, que se han visto, y que estoy pronto á repetir si mi coronel brigadier, como lo ha hecho hasta aqui, me deja libertad de obrar y me dispensa lo que le pida, que bien sabe se reduce á muy poco lo que yo siempre pido.

Excmo. Sr.: recompensado yo suficientemente por la bondad de mis gefes nada pido para mí, todo para la clase. Pero ya es tiempo de anudar el hilo perdido y destruir directamente lo que manifiestan los que están por los capones. Dicen que los enteros están sujetos á las enfermedades de los órganos de la generacion: en las dos épocas que en mi tiempo de práctica se ha intentado la total castracion de los caballos del ejército, probaré, que si bien no están sujetos á las enfermedades del órgano que se les priva, lo están á los espantosos efectos que produce el contrariar la naturaleza, mas sabia que los hombres. La frecuente evacuacion del humor prolífico de los líquidos reproductores enflaquece y gasta sus fuerzas físicas al entero; pero la total privacion en los capones de la elaboracion del mismo, haciendo una revolucion completa en su máquina, funciones y costumbres, los hace víctimas del muermo, lamparones, edemas y demás enfermedades del sistema linfático, signos todos de la debilidad y miseria á que le ha conducido la cruel mutilacion.

Que en otras naciones usan de los caballos capones.

Contra ese argumento opondré el dictamen de autores ilustres de esos mismos países, que elogiaban cuando escribieron llamando sabio el sistema de España; y contra esas naciones opondré otras en que se rinde culto á sus magníficos caballos, y que muy semejante á nuestro clima no es conocida la castracion.

Que son los enteros mas reñidores y coceadores que los capones. Si el potro, si este generoso esclavo del hombre, desde que se le amarra fuese manejado por soldados entendidos y apacibles sin ser débiles; si siempre que sale de su plaza fuese con el cabezon, haciéndole comprender al soldado que para que este haga efecto no se debe tirar á viva fuerza de las riendas, sino por el contrario debe comunicar su efecto por movimientos suaves de la muñeca de abajo arriba, para que las ondulaciones de las riendas obren con igual virtud que la cuerda sobre la media caña, el caballo se aligeraria del cuarto anterior cargándose sobre el posterior, distraeria su imaginacion y se haria atento y obediente; manejada la cabeza del caballo, timon de toda su nave, en distintas direcciones de la manera dicha, se mantendria constantemente en respeto. La casualidad de haber estado fuerza de distintos cuerpos en los cantones en que yo he permanecido, me ha presentado la ocasion de ver á menudo quintos con dos caballos de mano, sin mas auxilio que sus malos ronzales, luchar en balde por contener sus juguetones caballos, concluyendo por escapárseles despues de segadas las manos por el ardiente cáñamo que les ludia, quedando consentidos los caballos. Esto mismo lo he visto en los momentos de curarlos y herrarlos, en que muchas veces se hace preciso mortificarlos; y si en algunos cuerpos llevaban los cabezones puestos, ignoraba el soldado sus efectos, convirtiendo este necesario instrumento de la equitacion en un mueble inútil: tambien he presenciado no llevar el quinto montado otra cosa con que gobernar su caballo que el ronزال puesto por barboquejo, resultando como es natural la amputacion de la lengua y su exasperacion. ¿Será posible con este sistema tener conservada y educada la caballería?

Es cierto que los capones son mas dóciles á la doma; pero tambien lo es que si bien su genio apático no presenta oposicion, las presenta muy grandes la mayor estupidez que ha contraido, y la casi general falta de accion en su sistema muscular y locomotor, que los hace mas débiles de sus cuellos, lomo y corbejones, y por consecuencia mas dificultosos para la quietud de su cabeza y apoyo de la brida en los azares de la guerra y ejercicios, resultando esas terribles defensas de la empinada, en la que tanto peligra el hombre y el caballo en el instante que el jinete se ataque á las riendas: la castracion disminuye sus fuerzas, y siendo este el motivo por el cual se defienden, segun el dicho de autores de equitacion, cuanto menos sean estas mas dificil será su doma. Al negar la total castracion en los caballos del ejército no es mi ánimo negar la facultad que han tenido siempre los gefes de verificarla con aquellos pocos que en campaña con la escesiva fatiga puedan aparecer rijiosos y envilecidos por descuido del soldado.

Desvanecidos todos sus cargos solo queda en su favor el de los perjuicios que causa al labrador el de echar las yeguas fuera de sus caballerizas cuando le alojan un soldado con caballo entero. Veamos pues si esta pequeña precaucion puede compararse con las razones que militan en favor de los que estamos por los enteros, y si no son de mayor interés y por consiguiente mas dignas de atencion.

Los caballos enteros, siendo de mas larga vida se remontan los institutos montados con menos frecuencia; son de mas rigor para soportar la fatiga y conservar aquella fuerza reservada, tan necesaria en el momento de las cargas. signo precursor de la victoria; la naturaleza está de nuestra parte, y el contrariarla cuesta al Erario sumas considerables; priva á nuestra raza de los medios de mejorarse, porque siendo menor el número de los enteros, menor será el de los buenos sementales; porque si bien dicen no castrarán los buenos para padres, saben bien todos los inteligentes que en aquella época no hay otro norte para la eleccion que el origen de la casta, que muchos ignoran, y el exterior, que entonces no se ha desarrollado; renunciemos

á las recomendables cualidades de nuestros caballos enteros, que no consistiendo en arrastrar grandes moles como los extranjeros, se han distinguido siempre por su agilidad y finura; la monstruosa castracion en nuestro clima es mas espuesta que en las naciones donde se hace por necesidad, por la ingratitude de sus caballos para la doma, muy semejantes á los del valle de Buron. Los capones son espantadizos, y á la mas leve fatiga mas melindrosos para comer el pienso; sus enfermedades son mas ocultas, y no pierden jamás por la operacion las malas mañas que aprendieron de entero, y hasta mucho tiempo despues su alboroto por las yeguas; por último, el mejor capon no puede aspirar á mas nombre que el de caballo de campo, mientras que los otros desde las invasiones mas remotas supieron conquistar y conservar el renombre de bellos y famosos por el valor que infunden al soldado en el instante que su vista exploradora alcanza al enemigo y cree es llegado el momento de acometer; como tambien por su nobleza y sufrimiento, tan util para la guerra como para la pompa y gala de la grande escuela, torneos y paseos.

He dado mi parecer teórico emanado de mi corta experiencia, y de lo que he leído de autores nacionales y extranjeros, y de mi digno director D. Francisco La-Iglesia y Darrac, cuyas doctrinas pierden mucho cuando de mi boca salen; pero como todos estos grandes hombres que han escrito sobre el particular se cuidaron mas de la brillantez de las doctrinas buenas para una cátedra que de la demostracion, yo, que no poseo esa sofística elocuencia, y que cuido mas de buscar la verdad que de las imágenes retóricas, presentaré á continuacion un método que me parece conducirá al gobierno y al Excmo. Sr. Inspector al acierto sobre cuál de los dos reúne las dos circunstancias de economía y utilidad para la guerra.

DEMOSTRACION.

Háganse correr tres caballos enteros de seis años con sus ginetes en el otoño próximo un tiempo dado en el hipodro-

mo, ténganse presentes las varas que corren, y cástrense despues; en la próxima primavera siguiente, que ya han debido cesar los efectos de la castracion, vuélvanse á correr en igual sitio el mismo tiempo y con idéntico ginete, y nos dará á conocer claramente el que tiene mas vigor para la fatiga.

OTRA.

Fórmese un estado ó estadística en que se anoten con la mas rigurosa exactitud los cien ó mas caballos de cada clase que primero mueran en el arma, apúntese la edad en que sucede y las enfermedades que la causan, súmense los años que arrojen unos y otros, y nos convencerá de cuál de los dos es de mas larga vida, y qué enfermedades son mas comunes á los enteros y capones.

BENEFICIO DEL FORRAGE.

La misma práctica en este punto que en el anterior, mas que las teorías, han formado mi razon, creyendo que es tan perjudicial dar á todos los caballos de los regimientos forrage, como dejar de darlo á algunos: voy á esplicar brevemente mi pensamiento, porque estoy seguro que con mayores datos é ilustracion podrán hacerlo entendidos y celosos veterinarios.

Por una tradicion de la antigüedad veo á los gefes de los cuerpos llegada la primavera agitarse con el deseo de dar á todos los caballos en general el forrage, creyendo que esta sola medida basta á remediar males de todo el año. Toda mudanza total de alimento, y en especialidad el forrage que es acuoso, es verosimil produzca un bien ó un mal; y la prudencia aconseja admitamos los medios que conduzcan al primer resultado desechando los que nos llevan al segundo. Proporciona un mal en nuestro concepto cuando estando sano y gordo el caballo sin una necesidad aparente, se le cambia totalmente el alimento, que ha de verificar una alteracion notable en su máquina y funciones, y en el orden de sus digestiones, que un plan higiénico constante-

mente seguido en los cuarteles ha establecido. Proporciona segun nuestra opinion un bien á los potros de cinco años, á los atrasados en su desarrollo, demacrados, inapetentes, enfermos crónicos, y á todos aquellos en fin que por distintas causas no hayan sido suficientes á reponerlos los medios practicados; y por consiguiente, esponiendo muy poco en ellos no titubearíamos en dárselo, porque asi como he visto por el forrage morir los mejores caballos, he visto tambien algunos que parecian estantiguas antes de tomarlo, en un solo y abundante forrage espeler los malos humores y lombrices, y desenvolverse la naturaleza en dimensiones gigantescas.

Para lograr que los buenos caballos refrescasen su sangre en dicha estacion sin temer los fatales resultados, daria á estos en dos pasturas á la hora del agua el primer corte del forrage que se diese á los que tienen una necesidad de tomarlo, sin cercenarles nada de su anterior racion, ni privarles de hacer todo el servicio que al regimiento corresponda. Este sistema, respetando en el caballo cerrado y gordo la costumbre ya adquirida, que hasta le es trabajoso pasturar en una superficie llana; no le espondria á que le pudiéramos aplicar á su muerte aquel epitafio de todos tan sabido: "Aqui yace fray Simon, que estando bueno quiso estar mejor."

ENFERMERÍAS Y BENEFICIOS.

El mas floreciente Estado de Europa no podria sostener una caballería numerosa si estos importantes ramos de su conservacion están desatendidos. Nada mas comun al que lleva algun servicio que haber visto que, en el momento en que pasa á la enfermería un animal, las compañías ó escuadrones les quitaban sus dueños cuando mas necesitaban de su esmerado cuidado, destinando para esta clase de servicio un corto número de los mas haraganes que tienen los regimientos. Estos individuos todos saben de la manera que prestan sus auxilios, que siempre son á impulsos de la lógica del palo, cuya actividad dura tanto

cuanto dura el dolor. Esta falta de sistema y de celo me ha hecho ver con sentimiento, que enfermedades pasajeras, estenuando los caballos gradualmente, se complicaban en graves causándoles la muerte, sin que la medicina mas activa pudiese ejercer su virtud en una máquina casi inerte y sin accion; y he visto tambien que amarrados con media vara de ronzal morian lentamente sin otra enfermedad que el hambre, la sed y la miseria. Nada exageramos, y quiera Dios que este cuadro tétrico haya pasado para no verle jamás. Los que tal ingratitude ejercian con el mas útil y fiel amigo del hombre, mas dura que el abandonarle á su libertad ó al plomo enemigo, no eran hombres, eran bienas; y no sé en qué fundaban sus conocimientos en el arma, ó si querian cobardemente dar el triunfo al enemigo.

Al denunciar estos males no es mi ánimo culpar al digno general Don Valentin Ferraz que mandaba en aquel tiempo la caballería, cuya laboriosidad y esfuerzo por conservarla son bien sabidos de todos, y mas del que un dia tuvo la honra de servir á sus órdenes en el 3.º de ligeros; pero las críticas circunstancias de la guerra civil, mas fuertes que los hombres, frustraban sus previsoras medidas.

Afortunadamente aquellos tiempos en toda su fealdad ya pasaron, pero todavía quedan cosas que remediar, y se remediarán si el mas inteligente y digno oficial de los regimientos se pone al frente de la cuadra del beneficio y hospital de caballos, á hacer cumplir cuanto el gefe oyendo al facultativo del cuerpo en su comision le prevenga, y no omitiendo nada de cuanto pueda escitar su apetito y sea suficiente á reparar sus decaidas fuerzas.

Bajo las órdenes del mismo oficial convendria tener una cuadra permanente de beneficio, en la que entrasen en primero de mes todos aquellos que por una revista del dia anterior hubiesen decaido en el mes próximo pasado, ingresando en sus escuadrones los que en el mismo hubiesen mejorado. Este beneficio no deberia ser como muchos de los que he visto dar, en que cambiando al caballo parte de su pienso seco por otros de menos sustancias alimenticias,

da cabalmente por resultado lo contrario de lo que se busca. El que yo propongo debería ser tan abundante como el objeto lo necesitase, como lo esplica el sentido genuino de la palabra beneficio, y como es la voluntad de S. M. en el reglamento de 1803 al conceder la racion al caballo, que quiere se emplee en el endeble lo que sobra al nutrido, sin que jamás se devengue un grano en favor de la caja.

Todo lo dicho cumplido religiosamente no bastará si no se procura, cuanto el servicio lo permita, respetar al soldado con un rigor estremado la propiedad de su caballo, y difundir en él aquel estímulo y amor del soldado antiguo, llevado á tal extremo que repartia con él parte de su racion; y generalmente eran conocidos los caballos por el nombre ó apodo del que lo montaba. Sin este requisito los caballos sensibles de nuestro clima, aunque les diesen el alimento mas selecto y abundante jamás engordarán, y su vida será muy corta; como no engordarán ni vivirán muchos los que manejan los postillones.

Concluiré manifestando á V. E. con la franqueza que me es propia el sentimiento que me ha causado la orden de arrancar las crines y colas, que no conduciendo á la bondad de la caballería, les priva de un adorno que la naturaleza les dió para su belleza y defensa de los insectos en la estacion del estio, cuya mortificacion es tan grande en Andalucía y Estremadura á los caballos de una epidermis fina y sensible, que los he visto arrojarse á tierra para evadirse de sus picaduras, producirles irritaciones, y no sería extraño verlos morir si á la privacion de la cola se añade el amarrarlos cortos.

Dichoso yo si este corto trabajo es grato á los ojos de V. E., cuya gloria es siempre la de mi pais.





~~Get the telephone, 3~~

P-4